

EL RIOJANO

REVISTA DE 1.ª ENSEÑANZA
NÚMERO EXTRAORDINARIO



Por espacio de tres horas permaneció Jesús en la Cruz padeciendo espantosos dolores. El sol se oscureció, la naturaleza se turbó. Por último dijo Jesús: «¡Todo está concluido!» Y levantando la voz añadió: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y habiendo inclinado la cabeza, expiró.

SUBLIME EJEMPLO

En estos días de gran recogimiento y veneración para todos los cristianos por los muchos y grandes misterios que en ellos celebra la Iglesia, creemos de nuestro deber extendernos en algunas piadosas consideraciones.

Acercábase ya el término de la peregrinación de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra; iba á verificarse el cumplimiento de las profecías; estaba próxima la realización de grandes misterios.

Después de haber predicado su cénese, y confirmado su origen divino con infinidad de milagros; después de habernos enseñado esa moral sublime que considera iguales á todos los hombres, porque todos tenemos un mismo origen y un mismo fin; que impone al rico la obligación de cercenar sus riquezas y dar con largueza limosna al pobre, y al poderoso la de proteger al

desvalido; que manda que perdonemos todas las ofensas y que nos amemos unos á otros como hermanos, puesto que todos somos hijos del Padre celestial, quiso darnos en este día de Jueves Santo un alto ejemplo de humildad.

Rey de los que reinan y Señor de los que dominan, descifrese sus vestiduras, toma una bacía con agua y se postra ante sus discípulos lavándoles, nó las manos, sino los pies, ¡con qué humildad, con qué ternura limpia con la toalla con que estaba ceñido aquellos pies encallecidos, lodosos y polvorientos!

No pudiendo resistir San Pedro tamaña humillación de parte del Divino Maestro, exclama lleno de pasmo y admiración: Señor, ¿á mi has de lavarme Tú los pies? Como quien dice; ¿Tú, Dios como el Padre, Rey de todo lo criado, has de lavar los pies á una vil criatura?

Mas cuando Jesús le dice que, si no le lavare los pies, no tendría parte con El, se humilla el príncipe de los Apóstoles y exclama lleno de gratitud y

arrepentimiento: Señor, nó solamente los pies, sino las manos y la cabeza.

¡Qué lección tan elocuente á los ricos, á los poderosos, para que traten con amor y dulzura á los pobres, á los abatidos por el dolor ó por el infortunio, y qué ejemplo tan persuasivo á los pobres, á los subordinados, para que acaten con humildad y resignación las órdenes de los superiores!

¡Qué admiración no causa el contemplar á Jesucristo á los pies del discípulo traidor, del pérfido Judas, á quien también lava los pies con mayores muestras de cariño que á los demás, para ver si se ablandaba aquel corazón empedernido y le hacía desistir del horrible plan que había tramado contra su Maestro!

Terminado el lavatorio, toma Jesús asiento entre sus discípulos y les dice: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, ¿con cuánta más razón debéis lavaroslos los unos á los otros?

Os he dado este ejemplo, para que vosotros hagáis igualmente lo que he hecho.

Sublime lección que nos enseña que debemos ejercitarnos en actos de profunda humildad, y que la caridad, el amor al prójimo y el perdón de las injurias deben ser la norma constante de todas nuestras obras.

A. A.

GETSEMANÍ

Apenas concluyó Jesús de celebrar la Pascua del Cordero en compañía de sus discípulos, y libre ya de la presencia de Judas, que había salido del Cenáculo precipitadamente para cumplir el compromiso infame de entregar á su Maestro en manos de los judíos, Jesús dió rienda suelta á los sentimientos amorosos de su corazón lacerado por la perspectiva sangrienta de su Pasión cercana, y solo por El conocida en todos sus horripilantes pormenores. «Al despedirme de vosotros—les dijo—yo os doy un nuevo mandamiento: *Amaos los unos á los otros como yo os he amado.* Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Huiréis y me

abandonaréis, porque está escrito; heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño. No se turbe vuestro corazón: *Yo soy el camino, la verdad y la vida;* la paz os dejo, la paz os doy; no os doy la paz que da el mundo. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque el príncipe de este mundo se acerca; viene ya Satanás para darme la muerte. Ciertamente, si yo no quisiera, nada podría él contra mí; pero el mundo debe reconocer que amo á mi Padre, y que hago su voluntad. Levantaos y salgamos.»

Y salió con sus Apóstoles, dirigiéndose á la granja de Getsemaní, cubierta de olivos, y en donde Jesús acostumbraba hacer oración.

Allí, en el silencio de la noche, interrumpido tan solo por los rumores del torrente Cedrón, y á la luz serena y triste que proyectaba el disco brillante de la luna, llegó Jesús con sus discípulos diciéndoles: «Permaneced aquí mientras yo me retiro para orar.» Y llevando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, entró con ellos en el huerto de las Olivas, y les dijo: «Mi alma está poseída de tristeza y angustia capaces de darme la muerte, quedad aquí, y vigilad y orad conmigo.»

Jesús se retiró, como á distancia de un tiro de piedra, y postrado sobre su rostro al ver ante sí el cáliz de la terrible justicia de un Dios indignado exclamó lleno de congoja mortal: Padre mío, si es posible, pase de mi este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Insistió en su oración durante largo rato, y como no hallase consuelo, volvió al lugar donde habían quedado sus tres predilectos discípulos, á quienes encontró durmiendo. «¿No habéis podido velar siquiera una hora conmigo?» Díjoles, y luego se retiró por segunda vez al interior del huerto, suplicando al Padre celestial apartara, si era posible, el amargo cáliz. Poco después volvió Jesús adonde estaban sus discípulos, y los encontró como antes durmiendo.

Una severa reprensión vino á sacales de aquel estado incomprensible, dada la situación de su Maestro; y exhortados por tercera vez á la oración, reiteró Jesús la suya para fortalecerse en ella y presentar la batalla al enemigo.

Esta última oración fué para el Divino Maestro el principio de su Pasión;



ysi en ella no sucumbió á la intensidad de su horrorosa tristeza, fué porque era preciso apurar el cáliz hasta las heces para la redención del mundo. Negros fantasmas pasaban por su imaginación, errante en un océano sin límites, no encontrando por ninguna parte apoyo ni descanso. Ideas pavorosas cruzaban sin cesar por su fantasía, apoderándose de Él una extraña turbación, un desmayo y calamiento de espíritu, comprensibles tan sólo por la grandeza de su Pasión. A esto hay que añadir el recuerdo de los tormentos que le aguardaban; la pérdida traición de uno de sus discípulos, á quien tanto había hecho por atraer al buen camino; el poco fruto que los hombres, arrastrados por las pasiones, sacarian de tan costosa Redención, y, finalmente, la dominación de Satanás, cuya bandera habría de ondear triunfante en una gran parte del mundo, obstinado en la culpa.

Fueron tales los tormentos y angustias que se apoderaron del alma de Jesús, que le redujeron á punto de agonizar; pues dotado como estaba de exquisita sensibilidad, se le aceleró considerablemente la circulación de la sangre, hasta desprenderse de sus venas, bañar toda su ropa y caer gota á gota sobre la tierra.

En tan crítica situación le envió el eterno Padre un ángel del Cielo que fortaleciese su corazón en aquella hora de agonía.

Alentado Jesús con esta aparición, y viendo manifiesta la voluntad de su Padre, se levantó valerosamente, dispuesto á desafiar á la misma muerte que se le presentaba, y encontrando como antes á sus discípulos dormidos, les dijo: «Basta ya; hé aquí que ha llegado la hora; hé aquí que el hijo del hombre será entregado en manos de pecadores; levantaos y vámonos de aquí, pues está ya cerca el que me ha de entregar.»

Acababa Jesús de pronunciar estas ó parecidas palabras, cuando llegó Judas, ministro de Lucifer, y con él una gran turba de judíos con antorchas, espadas y palos. Judas se acercó á Jesús y le besó. «Amigo ¿á que has venido?»—le preguntó su Maestro.—«Con un beso entregas al Hijo del hombre?» Y no queriendo emplear la resistencia, se dejó voluntariamente atar las manos, mientras los discípulos, temerosos y desalentados, huyeron y le abandonaron presa de sus enemigos.

J. LÓPEZ

DE CÓMO FUÉ CRUCIFICADO EL SALVADOR

Llegado el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas que los azotes habían dejado, y al tiempo de quitárselas, es de creer que se las desnudarian aquellos crue-

los ministros con tal inhumanidad, que volverían á renovarse las heridas pasadas y á manar sangre por ellas. Pues ¿qué haría el bendito Señor cuando así se viese desollado y desnudo? Parece que levantaría entonces los ojos al Padre, y le daría gracias por haber llegado á tal punto, que se viese así tan pobre, tan deshonrado y desnudo por su amor. Estando Él, pues, así, mándale extender en la Cruz, que estaba tendida en el suelo, y obedece Él como cordero á este mandamiento, y acuéstase en aquella cama que el mundo le tenía preparada, y entrega liberalmente sus pies y manos á los verdugos para el tormento. Pues cuando el Salvador se viese así tendido sobre la Cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón? ¿Qué pensaría? ¿Qué diría en este tiempo? ¿Volveríase á su Eterno Padre, y diríale así: «¡Oh Padre Eterno, gracias doy á vuestra infinita bondad por las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí! Ahora, fenecido ya con vuestra obediencia el curso de mis días, vuelvo á Vos, no por otro camino que el de la Cruz. Vos mandasteis que yo padeciese esta muerte por la salud de los hombres; yo vengo á cumplir esta obediencia, y ofrecer aquí mi vida en sacrificio por vuestro amor.»

Tendido, pues, el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y, puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comenzó á dar golpes con el martillo y á hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas, y recibieron estos golpes en medio del corazón; y sus ojos ¿pudieron ver un espectáculo como éste sin morir? Verdaderamente aquí fué su corazón traspasado con este clavo, y sus virginales entrañas rasgadas. Con la fuerza del de la herida, todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y se llevaron tras sí el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, tomó el cruel sayón la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla, tan fuertemente, que los huesos del sagrado pecho se desabrocharon y quedaron tan señalados y distintos que, como el Profeta dice, uno á uno los pudieran contar; y esta misma crueldad es de creer que usaron cuando le clavaron los pies, y de esta manera quedó el sagrado cuerpo fijado en la Cruz.

Este tormento de la cruz fué el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su Pasión; porque este linaje de muerte de cruz era uno de los más acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban. Porque las heridas fueron en pies y en manos, que son los lugares del cuerpo en que hay más juntas de huesos y de nervios, los cuales son órganos é instrumentos del sentir, y así las he-

ridas en esta parte son más sensibles y penosas. Y también esta manera de muerte no es acelerada como otras, sino prolija y larga; en la cual los matadores no solo pretenden matar, sino también atormentar al que muere. Y en todo este espacio tan largo, el cuerpo que está en el aire colgado de los clavos naturalmente carga hacia abajo, y se están siempre rasgando las llagas y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrecentando continuamente el dolor.

Y con ser tal este tormento, que un animal bruto que lo padeciera pudiera mover á compasión, sus enemigos eran tales, que en este mismo tiempo estaban meneando la cabeza y haciendo fiesta, y diciendo donaires y haciendo escarnio del Salvador. Pues ¿qué era esto sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas, y crucificar con las lenguas á quien con los clavos habían ya crucificado?

Mas aun no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan más adelante, porque ni el fervor de su caridad ni el furor de sus enemigos se contentaba con esto. Y así, añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad á todas las otras. Porque estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padeciese grandísima sed, y dijese aquella dolorosa palabra, *Sitie*, que es: Sed tengo, aquellos malvados enemigos usaron con Él de tanta crueldad, que en este tiempo le dieron á beber una esponja de vinagre. Pues ¿qué mayor crueldad que acudir con tal bebida á quien tal estaba en esta sazón, y negar un jarro de agua á quien la pedía estando muriendo? En lo cual parece como no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase sin su propio tormento, y por esto quiso que la lengua también padeciese su pena, pues todos los miembros habían padecido la suya. Pues si á este linaje de pobreza y aspereza llegó el Señor de todo lo criado por nuestro remedio, ¿cómo el cristiano, redimido por este medio y enseñado por este ejemplo y obligado con este tan grande beneficio, pondrá toda su felicidad en deleites y regalos de carne, y no holgará de padecer algo por imitación y honra de Cristo?

Fray Luis de Granada.

EL DESCENDIMIENTO

I

Abrazándose al madero
Y tiñéndose de sangre,
Arrancar prueba los clavos
Que al Justo hieren, su Madre.
Sus manos llegan convulsas
A los pies de aquel cadáver,
Y, al tocar la muerte en ellos,
En gemidos se deshace.
A vista de aquella pena,

Aterrados y cobardes,
Huyen verdugos y escribas
Como Caines errantes,
Y buscan antros de fieras
Y soledades salvajes
Que los maldicen, tornándolos
A los humanos hogares.

Palmera Santa del Gólgota
Da tú, de piedad señales,
É inclínate con tu fruto
Porque la Virgen lo alcance.
Fruto fué de sus entrañas
El que ahora en tus ramas traes,
Y antes que de tí, pendía
De sus pechos virginales.
Inclínate, pues ya es hora
Que el vil suplicio se acabe,
Y en los brazos de la Virgen
El cuerpo muerto descansa.
Ella, al nacer, lo amparó;
Justo es que al morir lo ampare
Con aquellos mismos brazos
Que lo acariciaron antes.
Ya el mundo está redimido
Y sanados nuestros males;
Dió toda su vida el Justo;
Ya en sus venas no hay más sangre.
Pero hay dolor en la Virgen,
Y el llanto brota á raudales
De sus compasivos ojos,
Que aun ven en la Cruz al Mártir.
Inclínate, Santa Cruz,
Ya no hay más deudas que pague,
Pues redimió las de todos,
Y entrega el Hijo á su Madre.

II

Ya los benditos varones
Ahogando sollozos parten,
Y en los brazos de María
Dejan el santo cadáver.
¡Con qué piedad lo recibe
Y con qué fuerza lo atrae,
Y con qué amor de sus labios
Suspiros y besos salen!
Toda la sangre que el Justo
Dió del martirio en el trance,
Por borrar de nuestra frente
Esclava la marca infame,
En lloro se ha convertido
Más puro que el sol que nace,
Y son nubes que lo vierten
Los dos ojos de su Madre.
¡Ay! aquel llanto, cayendo
Como una lluvia incesante
Sobre las llagas divinas
Y los sangrientos ultrajes,
Que está pidiendo parece!
Con lengua que aun nadie sabe,
Pues solo otra voz se ha oído,
Perdón de nuestras maldades.
—¡Oh sol claro de mis días,
Que nublaron los pesares!—
Dice la Virgen llorando
Y pechos y entrañas parte,
—¿Cómo la noche no llega,
Si ya no hay sol que la espante?
Tanta lástima á ocultarme?
Todo es ruina en tu rostro;
Ya no quedan ni señales
De tu hermosura; la muerte
Tronchó el lirio de los valles.
Cárdenos están tus labios;
Ceniza son los corales;
Ya no escucho tus palabras;
Ya no hay arroyo que cante;

Tus cabellos ya no ondulan;
¿Para qué sirven los aires?
Tus ojos ya no me miran;
¡Ay! el sol, ¿para qué vale?
Poso mi mano en tu pecho,
Y tu corazón no late,
Como en Belén entre nieve,
Y en Sión entre cantares,
Y en Nazaret entre flores,
Como en Egipto, con hambre;
¡Ay! mi vida ya no es vida,
Es, como Tú, cuerpo exánime.
¡Oh! todos los que la tierra
Cruzáis y los fieros mares
Sin rumbo ni derrotero,
Entre riscos y huracanes,
Atended á mi quebranto,
Y ved si hay pena tan grande
Como esta pena, que á todas
Las penas manda que callen.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

La Virgen con su Hijo difunto en los brazos

Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo fuertemente en sus pechos (para esto solo le quedaban fuerzas); mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.

La lengua estaba enmudecida; mas el corazón allá dentro hablaría con el entrañable dolor al Hijo dulcísimo y le diría: «¡oh vida muerta! ¡oh lumbre oscurecida! ¡oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas que tal han puesto vuestra divina figura? ¿qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿qué herida es esta que veo en vuestro costado? ¡oh sumo sacerdote del mundo! ¿qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿y éstos son aquellos ojos que oscurecían al sol con su hermosura? ¿éstas son las manos que resucitaban los muertos á quienes tocaban? ¿ésta es la boca por donde salían los cuatro ríos del Paraíso? ¿tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? ¡Hijo mío y sangre mía! ¿de dónde se levantó á deshora tan funesta tempestad? ¿qué ola ha sido ésta que así te ha llevado? ¿qué haré sin tí? ¿á dónde iré? ¿quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían á rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorriste mi Padre, y mi Hermano y mi Señor. ¿A quién rogaré por él?... ¡Hijo! antes de ahora descanso mío, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Este es el premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tan-

ta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? ¿Hasta aquí la malicia del demonio? ¿Hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene al pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro aseado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más sentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia.

Hijo mío, ¿no me hablas? ¡oh lengua del cielo que á tantos consolasteis con vuestras palabras, á tantos disteis habla y vida! ¿Quién os ha puesto tanto silencio, que no habláis á vuestra Madre.

Fray Luis de Granada.

SOLEDAD

Virgen triste y solitaria que vas regando con llanto la ensangrentada ladera del empinado Calvario; y tanto lloran tus ojos que la Sangre vas borrando, sin que tus penas se acaben, pues no acaba tu desmayo. A tu vista misteriosa, envueltos en los sudarios, huyen los muertos del Gólgota al sepulcro que dejaron, y huyen al hogar los vivos con trémulo y débil paso, como las nubes que ahuyenta la luna en el ancho espacio. ¡Ay! Todos te dejan sola á solas con tu quebranto, porque todos en tu Hijo pusieron las fieras manos. En tu Hijo las pusieron, dulce Nazareno, manso, como son mansas las olas del adormecido lago. En el que á los ciegos daba la luz, abriendo sus párpados; de comer á los hambrientos y voz á los mudos labios, y despertaba á los muertos con mandato soberano, mientras brillaba en tus ojos toda la luz de los astros, y la negra cabellera, en tersas ondas flotando, le caía por los hombros, cascada de negros rayos. Madre triste y solitaria que como perdido barco, en el mar de tu amargura sientes negro desamparo, ¿dónde irás que no estés sola y no vayas encontrando más penas para tu pena, más llanto para tu llanto? ¿Dónde irá tu pensamiento, cual torrente desbordado,

que no se tiña de Sangre ni se mire solitario? Como triste cierva herida por el certero venablo, va á la fuente de las aguas. Tú vas subiendo al Calvario. Ya no hay pleva clamorosa, ni empenachados romanos, ni escribas, ni fariseos que el odio estén atizando. Ya no hay víctima en la cima pendiente del leño amargo, con los ojos en la altura, con el perdón en los labios. Sólo está el altar sangriento, sola la Cruz en lo alto que parece que te espera con los extendidos brazos. Y Tú llegas y la abrazas los pies del Hijo buscando por las huellas de la Sangre sintiendo frío al no hallarlos. Sola estás, Madre, en la cumbre, nadie viene á darte amparo y Tú al madero te allegas otra vez con fuerte abrazo. Y según la Cruz abarcas, el sacrificio aceptando, de pié en la sagrada cumbre sobre el último peñasco, me parece que presentas de la luna al rayo pálido, la bandera triunfadora á los ya libres esclavos. Ya no estaré nunca sólo en mis ansias y desmayos; que cuando herido en la lucha quede exámine en el campo sin amigos que me amparen, muy lejos del suelo patrio, sin bandera que en mi muerte sea mi pálido sudario; cuando todos me abandonen y me vendan mis hermanos, Madre, triste y solitaria, Tú me estarás amparando.

Francisco Jiménez Campaña,
de las Escuelas Pías.

¡Mater Dolorosa! ¡Ora pro nobis!

¡Madre de Dios, transida de Dolores,
ruégale por tu España que perece;
que al par que la fe mengua, el dolor crece
y ciega marcha en pos de los errores!
¡Haz que rasgue la Luz con sus fulgores
la nube que su cielo entenebrece!
¡Haz que vuelva al Señor se postre y ree
con la fe que dió aliento á sus mayores!
Hoy solo resta á la Nación piadosa
que dió de un mundo á Dios la monarquía
LA LEYENDA DEL INRI BOCHORNOSA.
¡Madre del Redentor, por su agonía,
VENGA Á NOS EL SU REINO, MADRE MÍA!
EL CONDE DE GUERRECA.

CARTA DE CLAUDIA PROCULA
Á FLUVIA HERSILIA

Mi esposo Poncio, atemorizado, cedió al fin. ¡Hora por siempre nefasta, hora terrible escrita en el libro de la eternidad! ¿Quién podrá revelar tu horror?

Poncio se levantó; la duda y un livido terror se reflejaban en su frente, introdujo simbólicamente sus manos en una vasija de agua y dijo en alta voz: «Soy inocente de la sangre de este justo.» «¡Que caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» gritó este pueblo insensato, y acercándose á Jesús, le rodearon con furor: mis ojos siguieron á la víctima que iban á sacrificar; después un velo cubrió mi vista, mis piernas flaquearon, y por el quebranto de mi corazón, creí que mi vida llegaba á su fin.

El Cielo parecía de acuerdo con el duelo del espíritu; grandes nubes de formas espantosas bajaban hacia la tierra, y de sus vacíos sulfurosos salían pálidos resplandores.

La ciudad, tan bulliciosa á la mañana, estaba taciturna, silenciosa, como si la muerte hubiese plantado sus negros pendones en las plazas públicas; un incomprendible espanto me sujetaba en mi silla; tenía á mi hijo sobre mis rodillas, y esperaba sin saber cuál era el objeto de mi espera.

Hacia las doce del día, las tinieblas oscurecieron la atmósfera, y un terrible sacudimiento conmovió la tierra; el suelo parecía palpar, y se hubiera dicho que el universo iba á disolverse y entrar en la nada.

Caí prosternada. Una de mis esclavas, judía de nación, entro en el cuarto pálida, descompuesta, la vista extraviada, gritando:

«El último día ha llegado; Dios lo anuncia con estos prodigios; el velo del templo, que cubría el propiciatorio, se ha roto en dos pedazos; la disolución reina en el lugar santo, y los sepulcros, según dicen, se han abierto.»

A oír estas palabras, fui presa de un vértigo, me levanté vacilante y salí á la escalera; en ella encontré al centurión que había presidido la ejecución de Jesús.

Este centurión era un veterano encarnado en las guerras contra germanos y partos: nunca corazón más valiente había latido en un pecho más fuerte; pero en este momento estaba pálido, abatido, y parecía agitado por los remordimientos y el terror.

Quise interrogarle, pero pasó ante mí diciendo: «¡El que hemos matado es verdaderamente el Hijo de Dios!»

Entré en una sala del piso bajo y encontré á Poncio sentado, la cabeza entre sus manos: me miró y me dijo con tristeza: — «¡Por qué no he seguido tus consejos, Claudia, por qué no he defendido á este justo aun al precio de mi vida! ¡Mi miserable corazón no disfrutará ya de descanso!»

No me atreví á contestarle, ni tampoco había consuelo para la irreparable desgracia que nos había marcado con el sello de lo reprobación.

Solo los bramidos de los truenos, que repercutían en las bóvedas del palacio, interrumpían el silencio llenándome de terror... A pesar de la tempestad, un anciano se presentó a la puerta de la sala y fué introducido hasta Pilato. El anciano se arrojó a sus pies, y llorando, dijo:

«Me llamo José de Arimatea, y vengo a pedir permiso para bajar de la cruz el cuerpo de Jesús Nazareno y enterrarle en un sepulcro de mi propiedad.»

Poncio le respondió, sin levantar los ojos del suelo: «Id».

El anciano salió y vi que se reunió en el pórtico a un grupo de mujeres cubiertas con un velo.

Así terminó este día fatal. Jesús fué enterrado en un sepulcro abierto en una roca que rodearon de guardias.

Pero, ¡Fluvia!, al tercer día salió del sepulcro glorioso y triunfante, resucitó como lo había predicho y se mostró victorioso de la muerte a un gran número de personas.

Tal es el testimonio que sus discípulos han dado de él y han confirmado con su sangre derramada por el Señor Jesús Cristo ante los tribunales de los jueces y de los príncipes.

Desde este momento nada salió bien a mi esposo, afeado por el Senado y el mismo Tiberio por su conducta, siendo el blanco de los desprecios de los judíos y del odio de aquellos cuyas pasiones había secundado; su vida no fué más que amargura y tristeza. En cuanto a mí, viví sola, más sola que antes. Salomé y Sénida me velan con temor, y yo, la mujer del perseguidor, del verdugo de su Dios, porque eran las discípulas de Aquel que las había devuelto a la vida. En una y en otra veía que, a pesar de su dulce bondad, un terror se apoderaba de su rostro cuando me acercaba a ellas y pronto me abstuve de visitarlas.

He vivido sola meditando sin cesar algunas de las palabras del Nazareno que Salomé me había enseñado y yo había escrito. ¡Leerlas era mi única alegría!

Levantar los ojos al Cielo para buscar a Aquel que mi esposo había hecho morir, era mi único consuelo.

Al cabo de pocos meses, Poncio fué destituido de sus funciones.

Volvímos a Europa, y errando de ciudad en ciudad, lleva por todas partes el peso de su inquietud y de su espíritu atormentado de remordimientos. Le sigo (la mujer de Cain, dicen los hebreos, siguió a su marido errante sobre la tierra).

La imagen de la Cruz sangrienta a la que fué elevado el inocente y el justo se alza entre nosotros. No me atrevo a mirarle; el sonido de su voz que pronunció la sentencia me hace temblar, y cuando antes de la comida el esclavo le presenta el agua para lavarse, me parece que no introduce sus manos en agua pura, sino en sangre humeante cuyos vestigios no pueden borrarse.

Mi hijo, mi bien amado ha muerto y no le he llorado. ¿No llevaba un nombre fatal? ¡Feliz él, que se ha librado de la reprobación que nos persigue!

Los cristianos existen ya en todas partes: aquí mismo, en el país de los Rhedons donde hemos pedido un asilo a las neblinas del mar y a las soledades de las Landas, aquí oigo el nombre de mi esposo pronunciado con horror... y he sabido que los Apóstoles de Jesús, antes de separarse para ir a predicar el Evangelio a las naciones, ha escrito en la explicación de su fe estas palabras vengadoras: «Padece bajo el poder de Poncio Pilato.»

Anatema terrible que todos los siglos repetirán.

Adiós, Fluvia, llórame y quiera el Dios justo concederte toda la felicidad que otras veces nos hemos deseado. Adiós.—Claudia.

(Traducido del francés por Dionisio del Llano).

LA CORONA DE ESPINAS

de Nuestro Señor Jesucristo

La corona que impusieron sobre la cabeza del Señor la noche antes de su muerte, fué llevada por Santa Elena desde Jerusalén a Constantinopla, y comprada en 1239 a Boduin II por San Luis, habiéndose conservado hasta la Revolución francesa en la Santa Capilla de París. Encuéntrase al presente en la basílica de Nuestra Señora, donde se expone a la veneración pública todos los años el día de Viernes Santo.

LA GOLONDRINA DEL CALVARIO

La tarde del Viernes Santo cuando el sol negó su lumbre al ver de Moria en la sombra expirando a su Hacedor; las aves llenas de miedo a todos vientos volaban, y una torre ó pino ansiaban do pasar aquel terror.

Una negra golondrina revoloteaba angustiada buscando alguna enramada donde sus plantas posar. Al Gólgota se dirige, y en un madero cruzado, en la tierra sustentado, vas luego a descansar,

para posar, mas se para de repente, y en la cara de un difunto se fijó; al conocer aquel rostro, el vuelo remonta piando y lagrimillas dejando, de allí con tristeza huyó.

ALFONSO PAYÁN, S. J.

HIJOS DE ALESÓN

Imprenta, Librería y Encuadernación

DE
EL RIOJANO.-LOGROÑO

PORTALES, 90 y 92

Biblioteca del Perfecto Católico

Oficio de la Semana Santa, en castellano, letra gruesa (Edición B.) En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

Oficio de la Semana Santa, en latin y castellano (Edición C.) En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

Visitas al Santísimo, letra gruesa (Edición C.) En tela con planchas en relieve, 1,50 pesetas.

Oficio parvo de la Virgen, en latin y castellano. En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

Arco iris de paz, ó el rosario meditado, por Ulloa. En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

La familia regulada con doctrina de la Sagrada Escritura, por Arbiol. En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, por Enmerich. En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

Meditaciones, por Lapuente. Tres tomos, en tela con planchas en relieve, 6 pesetas.

Historia de la Sagrada Pasión, por Palma. En tela con planchas en relieve, 1,50 pesetas.

El alma Devota de la Sagrada Eucaristia, por Pagani. En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús, por Arnoldo. En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

La monja santa ó la verdadera esposa de Jesucristo, por San Alfonso María de Liguori. En tela con planchas en relieve, 3 pesetas.

Todo por Jesús, por Faber. En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

De la vida y doctrina de Cristo, por Avancini. En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

El director de las almas, por Pinamonti. En tela con planchas en relieve, 1,50 pesetas.

El espíritu de San Francisco de Sales, En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

El interior de Jesús y de María, por el Abate Grou. En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

La religiosa en soledad, por Pinamonti. En tela con planchas en relieve, 3 pesetas.

Compendio del catecismo de perseverancia, por Gaume. En tela con planchas en relieve, 1,50 pesetas.

Oraciones, meditaciones y lecturas, por Flavigni. En tela con planchas en relieve, 2,50.

Consideraciones cristianas, por Grassel. 2 tomos en tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

Práctica del amor a Dios, por San Francisco de Sales. En tela con planchas en relieve, 2 pesetas.

Nuevo eucologio Romano. En tela con planchas en relieve, 3,50 pesetas.

Guía espiritual del perfecto católico. En tela con planchas en relieve, 2,50 pesetas.

Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana, por el R.

P. Juan M. de la Parra; 3 tomos en tela, con planchas de relieve, 7,50 pesetas.

Arte de bien vivir y guía de los caminos del Cielo, compuesto por Fr. Antonio de Alvarado; 3 tomos en tela, con planchas de relieve, 7, 50 pesetas.

JOYAS DEL CRISTIANO

Ramillete místico al sacratísimo y amabilísimo Corazón de Jesús. En tela flexible, 0,75 pesetas.

Consuelos a los que sufren, por Mons. Segur. En tela flexible, 1 peseta.

Esperanza a los que lloran, por el V. Marchal. En tela flexible, 1,25 pesetas.

Delicias de las almas afligidas, ó cartas de consuelo. En tela flexible, 1,25 pesetas.

Mes de San José ó meditaciones para todos los días del mes de marzo, por el P. D. Z. Rodríguez de León. En tela flexible, 1 peseta.

Vida divina y camino real de grande atajo para la perfección, por el P. Juan Eusebio Nuremberg. En tela flexible, 1, 25 pesetas.

Ramillete de divinas flores escogidas en el delicioso jardín de la Iglesia para recreo del cristiano lector. En tela flexible 1, 25 pesetas.

Mes de María, por el R. P. Miguel Villalta, Escolapio. En tela flexible, 1 peseta.

Práctica de la teología mística, por el R. P. M. Miguel Godínez, de la Compañía de Jesús. En tela flexible, 1,50 pesetas.

Suma espiritual en que se resuelven todos los casos y dificultades que hay en el camino de la perfección, compuesta por el P. Gaspar de la Figuera, de la Compañía de Jesús. En tela flexible, 1,25 pesetas; en chagrín flexible, cortes dorados, 4 pesetas.

Cuaresma devota, ó ejercicios espirituales para el santo tiempo de cuaresma, en que pueden ocuparse las almas, sean religiosas ó seculares, hombres ó mujeres, con mucho fruto en el camino de la virtud; dispuesta por el R. P. Fr. Pedro Pablo Patiño. En tela flexible, 1,25 pesetas; en chagrín flexible, 4 pesetas.

Documentos para tranquilizar a las almas timoratas en sus dudas, recogidas por el P. Carlos José Cuadrupani, barnabita. Bonita edición cuidadosa- 1 peseta.

Instrucción al pueblo sobre los diez mandamientos, por San Alfonso María de Liguori. En tela flexible, 1,25 pesetas.

Meditaciones sobre la Eucaristia, por M. de la Bonilletis. En tela flexible, 1,25 pesetas.

Imp. Lib. y Encuad. de El RIOJANO.